

Literatura costumbrista de máxima calidad

El fin del Océano Pacífico

TOMÁS GONZÁLEZ

Seix Barral, Bogotá, 2020, 220 pp.

SI DENTRO de cien años algún miembro de la especie que para entonces habite o visite este planeta tuviera interés en cómo vivían y morían los colombianos de principios del siglo XXI, las novelas de Tomás González podrían ofrecerle excelentes claves. En medio de tramas engañosamente sencillas, la mirada, el oído y la mente del escritor antioqueño captan y expresan mucho del entorno, las ideas, los sentimientos y las tragedias que usualmente se consideran definitorias de nuestra identidad.

El fin del Océano Pacífico utiliza materias primas prácticamente iguales a las de un sinnúmero de pésimas películas muy taquilleras y desabridos programas que aparecen y desaparecen cíclicamente en los cines y la televisión nacionales: las vacaciones de una familia numerosa, con los aparatosos traslados y accidentes de convivencia de un grupo que incluye matronas dominantes, tías solteras, una pareja homosexual, niños traviesos, adolescentes retraídos, cincuentones mujeriegos, sirvientes pícaros o cariñosos, mascotas, en fin... No obstante, el tratamiento de esos elementos por parte de González ni de lejos induce una sensación de reciclaje. Los personajes, que como se mencionó podrían responder a estereotipos recurrentes, son dibujados con trazos tan precisos y con tanto afecto que adquieren personalidades de múltiples facetas y no cesan de generar interés; en cuanto al humor, que abunda en esta novela de tono fundamentalmente melancólico, es inteligente, oportuno y discreto, a años luz de los productos de libretistas de éxito pasajero que recurren a material similar. El autor, que en esta y otras obras mira con benevolencia las virtudes y las limitaciones de familias convencionales, también expresa en este libro, con naturalidad y sin acudir a grandes disquisiciones psicológicas o sociológicas, su simpatía con respecto

a otras estructuras que, por fortuna, se hacen gradualmente visibles aun en medios de tradiciones machistas y conservadoras.

La voz narradora de la novela es la de un médico radiólogo condenado por el cariño de sus parientes a responder al nombre de Ignacio, a pesar de que ya pasó del medio siglo. Ignacio relata los incidentes del viaje familiar a un lugar no determinado de la costa chocoana desde donde se pueden observar ballenas, aunque en este caso el viaje ocurre fuera de la temporada ideal para verlas, lo cual, junto con otros muchos elementos tácitos y expresos, introduce un tono ominoso, difícil de concretar, desde las primeras páginas del relato. Ese tono tiene que ver con la cercanía de la muerte, que no puede ignorarse dados los efectos de la edad y los achaques de la enfermedad en varios de los personajes, pero también por la coincidencia de los que agrupamos como *agentes del conflicto* en la región donde se desarrolla la historia. De hecho, una de las grandes habilidades de González es mostrar o sugerir cómo la violencia colombiana –que sigue teniendo tanto de incomprensible e inexplicable, a pesar de lo mucho que se la ha analizado, cuantificado y categorizado– se entretreje con la vida cotidiana de personas y familias “corrientes”. En este libro, la dura realidad de nuestra costa del Pacífico rara vez se menciona directamente, pero los horarios de paseos y caminatas deben ajustarse según señales vagas: hay rumores de cuerpos que flataron hacia una u otra playa, se oyen lanchas que atraviesan la bahía en las madrugadas y los pobladores comprenden pero no comentan el significado de la orientación de esos sonidos.

Un indicio de la calidad de las novelas redactadas en primera persona es que para el lector la frontera entre la ficción y la autobiografía sea borrosa. En *El fin del Océano Pacífico* la voz del narrador es tan convincente y natural que existe la permanente tentación de enfrentar el relato como unas memorias; en esto juega un papel importante el hecho de que varios de los comportamientos que el autor atribuye a Ignacio pueden considerarse guiños irónicos sobre aspectos del oficio de escribir tal como suelen describirlo, en sus textos o en entrevistas, numerosos

autores de diversas lenguas. Ignacio es un lector agudo, dedicado y analítico, solo que en su caso esa dedicación no se invierte en los “libros gordos” que lee en las vacaciones su sobrina: Dostoievski, Dickens, Tolstói, sino en las novelas de Corín Tellado que comenta con su tía Antonia en las lluviosas tardes que pasan en el corredor del hotel en donde se alojan. El médico también busca permanentemente encontrar y pulir frases sonoras, ingeniosas, y sugestivas, pero no lo hace por motivos que se pudieran calificar como intelectuales o estilísticos, sino por la poderosa y práctica razón de que ha descubierto que esas frases son afrodisíacos para su mujer, de quien está muy enamorado, de manera que las colecciona para utilizarlas en el momento oportuno. Guiado por González, el lector empieza a rastrear frases brillantes en la novela y encuentra muchas y para todos los gustos: las hay irónicas, humorísticas, líricas, cónicas, muchas muy bellas, y aparecen de manera natural y fluida en todos los puntos de la narración.

Otro aspecto sobresaliente de esta obra son las reflexiones y preocupaciones del autor sobre el medio ambiente. Como se dijo, el escenario de la historia es un lugar no determinado de la costa chocoana en donde la naturaleza es siempre atractiva y sobrecogedora, pero no necesariamente pintoresca ni hospitalaria. La sobreexplotación de los recursos, las basuras y los destrozos de habitantes y visitantes se miran directamente como realidades innegables que interactúan con la exuberancia de la vegetación, la disputa de espacios entre el mar y la selva y un clima frecuentemente opresivo, en medio de todo lo cual surgen destellos de belleza sorprendente. González es lúcidamente pesimista sobre el papel de la especie humana en el declive de nuestro propio hábitat y no parece hacerse grandes ilusiones en cuanto a la reversión de las fuerzas de todo tipo que lo ocasionan; su mensaje ecológico no es en realidad proselitista, pero sí muy elocuente.

Es difícil reseñar esta novela sin mencionar (pero no revelar) un giro inesperado en la historia, aproximadamente en las últimas treinta páginas del libro. Este cambio, muy bien logrado desde el punto de vista narrativo,

lleva a considerar bajo una nueva óptica todo lo que se ha leído hasta el momento; más aún, surge como una invitación a la relectura inmediata de esta novela, a emparejarla y compararla con *Abraham entre bandidos* y *La historia de Horacio*, otras obras imprescindibles e iluminadoras de uno de los innegables maestros de la literatura colombiana actual.

Alberto de Brigard
